



Logró lo que algunos autores han llamado la *romanización* de la Iglesia peruana, que si bien fue criticada en su momento, a la larga contribuyó a un mayor acercamiento con la Santa Sede. Así mismo, se caracterizó también por su fidelidad a la disciplina de la Iglesia, por lo cual fue tachado de ultramontano e injustamente acusado de intolerante. Al mismo tiempo, mostró una mentalidad bastante abierta a los cambios que podían darse en la legislación eclesiástica con respecto a su país, sin afectar para nada a la fe y a la moral.

En el campo de las relaciones Iglesia-Estado, Herrera logró dos cosas importantes, que se ponen de manifiesto en este trabajo. Por un lado, un respeto, por parte del gobierno, hacia la Iglesia, que se reflejó en la Constitución de 1860, en la que él participó, que duró casi sesenta años. Y en segundo lugar, el acercamiento de las relaciones del Perú con la Santa Sede, mediante el intento fallido de un Concordato, que creó el cauce para unas relaciones relativamente buenas en el futuro.

Jorge PUTNAM VELANDO
C/General Varela, 415
Lima-18. Perú
jputnamve@yahoo.es

La historia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (1945-1959)

El plan político y cultural de Ángel Herrera Oria*

Francisco Guijarro Arrizabalaga fue presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACN de P) entre 1953 y 1959. Mucho tiempo después de abandonar el cargo, en 1983, preguntado por sus recuerdos de aquellos años, declaraba: «Yo sólo puedo reflejar impresiones personales. Y me da la sensación, cuando leo libros de “Historia”, que también los “historiadores” no manejan más que impresiones cuando hablan de [...] la Asociación Católica Nacional de Propagandistas».

El diagnóstico de Guijarro es —a mi parecer— bastante acertado. Por ello, el objetivo del presente trabajo ha sido intentar contribuir a delimitar con cierta seguridad las líneas básicas de la vida de la ACN de P y su real influencia en España entre 1945 y 1959. Es evidente que no he logrado cambiar por certezas todas las impresiones, pero tampoco lo he pretendido. Sólo he querido alumbrar algo más un escenario, unos personajes y unos acontecimientos que hasta ahora —en algunos casos— eran poco conocidos.

* Tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras (Sección de Historia) de la Universidad de Navarra, el día 13 de marzo de 2001. El tribunal estuvo constituido por los siguientes Doctores: Jesús Timoteo Álvarez (Presidente); Ángel Bahamonde, María Blanco y Santiago Aurell (vocales); y Francisco Javier Caspistegui (secretario). Fue dirigida por el Dr. Gonzalo Redondo.



Para ello me he valido de tres tipos de fuentes. En primer lugar, las publicaciones periódicas. En este sentido, ha resultado primordial el Boletín interno de la Asociación, que ofrece un material de grandísimo interés y que hasta el momento había sido poco estudiado. Tuve que leerlo a fondo, con detenimiento y continuidad durante año y medio. La fuerte autocensura que presenta la publicación obliga al investigador a estar siempre leyendo entre líneas, para entender lo que en realidad sucedía por debajo de los pretendidos grandes homenajes, magnas asambleas, campañas nacionales y de las reuniones ordinarias y extraordinarias de los propagandistas. En este ámbito, pienso que la aportación más interesante del presente trabajo, extraído de la lectura del Boletín, ha sido el descubrimiento y delimitación de las tres líneas de ruptura entre Ángel Herrera Oria y Fernando Martín-Sánchez: el abandono y desinterés del primero por la Asociación; la no aceptación de su plan político y cultural por parte de Martín-Sánchez; y la lucha entre ambos personajes por la orientación de los jóvenes propagandistas.

Otras publicaciones periódicas de gran interés han sido las revistas *Criterio*, *El Ciervo* y *Ecclesia*, además del diario *Ya*. *Criterio* fue editada por los propagandistas entre 1947 y 1950 y resulta útil para comprobar la atonía de pensamiento de los hombres de la Asociación. *El Ciervo*, iniciativa del círculo de jóvenes propagandistas de Barcelona, muestra de manera patente la atracción que sentían las nuevas generaciones por dos fenómenos determinantes de los años 50: la apertura cultural de Ruiz-Giménez, y el movimiento de la auto-crítica del catolicismo. *Ecclesia*, revista oficial de la Dirección Central de Acción Católica, era la única publicación de aquellos años que no estaba sometida a censura. Ya por eso es importante, pero —además— supone una fuente casi inagotable de material documental. A veces no sirve tan directamente para la investigación, como las anteriores, pero ofrece numerosas pistas acerca del contexto en el que se movían los hombres de la Asociación.

Capítulo aparte ha sido la lectura del diario *Ya*, a partir de la salida del director impuesto, Juan José Pradera, en junio de 1952, y su sustitución por Aquilino Morcillo. El periódico, como fuente, ha estado casi a la misma altura que el Boletín de la ACN de P. En sus páginas se aprecia, de manera evidente, el apoyo de Ángel Herrera y los propagandistas a la política de Ruiz-Giménez. Pienso que la aportación más interesante —en este sentido— ha sido el descubrimiento de la campaña favorable al proyecto de Ley de Enseñanza Media que llevó a cabo el diario, en contra de los intereses de los colegios de la Iglesia y de la opinión de la misma jerarquía.

El segundo tipo de fuentes han sido los archivos privados, los de Pablo Beltrán de Heredia y el Fondo Histórico de la Universidad de Navarra. Gracias al segundo, fundamentalmente, he podido reconstruir la expulsión de Francisco de Luis y sus seguidores de La Editorial Católica, y el papel que jugaron en esta cuestión Ángel Herrera y, sobre todo, el secretario del Episcopado, Mons. Enrique y Tarancón, hasta ahora desconocido en la bibliografía. Otros documentos de este archivo, también inéditos, revelan el inhibicionismo ante el régimen de ciertos sectores directivos de la Acción Católica Española.

El Archivo de la ACN de P no existe en la práctica, ni su escaso contenido resulta demasiado útil para los investigadores. El archivo de Ángel Herrera Oria, junto con sus Memorias, estuvo perdido cierto número de años. Salió de nuevo a la luz cuando esta tesis estaba ya en fase de redacción. No obstante, el archivo del obispo de Málaga se encuentra en estos momentos en una etapa muy primaria de su ordenación, por lo que supone más un obstáculo que una ayuda para el investigador.

Por último me referiré a las fuentes bibliográficas. Es muy poco lo escrito sobre la historia de la ACN de P en este periodo. Son más abundantes las obras que tratan del obispo de Málaga, aunque no existe todavía una biografía sobre su figura. También otros miembros destacados de la ACN de P han sido objeto de estudio. Un ejemplo es el libro sobre Francisco de Luis, escrito por su propio hijo, o el de Tusell y Calvo acerca de la figura de Manuel Giménez Fernández. Tampoco faltan Memorias de propagandistas que tuvieron relieve público, como José María Gil-Robles, Federico Silva Muñoz y José María García Escudero. Existen igualmente algún artículo sobre la revista *Criterio* y un libro sobre la revista *El Ciervo*, además de una antología del diario *Ya*. Todo ello es el conjunto de obras que —en forma muy lateral a veces— recogen aspectos diversos relacionados con la Asociación, con algunos de sus hombres o con alguna de sus iniciativas más importantes. Sin embargo, las ideas y afirmaciones vertidas en ellas resultan algo repetitivas, por lo que no han sido todo lo útiles que cabía esperar, salvo las frecuentemente citadas a pie de página.

Los propagandistas se movieron en un contexto determinado, con unos problemas concretos sobre los cuales es más abundante la bibliografía. Por ejemplo, los recuerdos personales en forma de autobiografía de los propios protagonistas del franquismo (Pedro Laín, Calvo Serer, Dionisio Ridruejo, Gonzalo Fernández de la Mora, José Antonio Girón, Raimundo Fernández Cuesta, José Luis de Arrese, Laureano Lopez Rodó, Mons. Enrique y Tarancón...) forzosamente orientadas desde el punto de vista de los autores, pero no por ello menos útiles; existen también monografías destacadas, como la de Florentino Portero sobre el aislamiento del régimen entre 1945 y 1949; los libros de Ferrary y Ruiz Carnicer, sobre las polémicas entre orteguianos y menendezpelayistas, que marcan buena parte de los últimos años 40 y primeros de los 50; y la recopilación de Roberto Mesa acerca de los sucesos universitarios de febrero de 1956. Mención aparte merece el libro de Tusell, *Franco y los católicos*, que estudia la influencia de algunos relevantes propagandistas en el régimen español.

En la confección de esta tesis doctoral me he ceñido rigurosamente a la cronología, huyendo a propósito del tratamiento temático de los asuntos. Pienso que el primer método es más acorde con la realidad, aunque también soy consciente de los peligros que entraña: uno, y fundamental, es convertir el trabajo en una crónica de acontecimientos. He intentado no caer en ello, y —en este sentido— las conclusiones juegan un papel muy importante ya que suponen el cierre de las cuestiones que se exponen con detenimiento a lo largo de todo el trabajo. También resulta fundamental en el tratamiento cronológico tener un punto de vista elevado que de unidad a los diversos temas. En el caso de esta tesis doctoral, esa visión ha sido concretada en el título: *El plan político y cultural de Ángel Herrera Oria*. En efecto. La vida de la Asociación y de los propagandistas gira en esos años en torno a este proyecto: la unidad de todas las fuerzas del 18 de julio, las católicas y las menos católicas, herederas estas últimas de la tradición liberal de Ortega y la Institución, para hacer una España corporativista y confesional. Ese plan fue rechazado de plano por un sector de la ACN de P (los seguidores de Gil Robles y Francisco de Luis) y seguido por el resto, aunque con matices. Martín Artajo y, sobre todo, Ruiz-Giménez, se esforzaron en ponerlo en práctica desde el poder. Martín-Sánchez se negó de plano a colaborar con los pretendidos herederos de la tradición liberal, aunque siguió con fidelidad a Herrera en lo referente al corporativismo y la confesionalidad. Es el estudio en profundidad de todas estas cuestiones lo que me lleva a afirmar que el régimen de Franco pudo sostenerse a partir de 1945 y configurarse de la forma en que lo hizo (como un



Estado nacional, unitario y católico) por el apoyo que le prestaron Ángel Herrera Oria y una parte importante de los hombres de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

Mercedes MONTERO DÍAZ
Facultad de Comunicación
Edificio de CC. Sociales
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
mmontero@unav.es

Aproximaciones apocalípticas a los «desposorios místicos» de Santa Rosa de Lima*

Cuando por los años de 1927 fray Alonso Getino comparó por vez primera los dibujos de corazones transverberados de Rosa de Lima con las experiencias místicas y el pensamiento de Teresa de Jesús, negó categóricamente que la santa limeña fuese una mujer santa pero iletrada. Argumentaba en ese entonces: «Suponed a Santa Teresa de Jesús... muerta a los treinta y un años; sería una Santa grande, porque era ya extraordinariamente virtuosa, mas no sería nuestra Doctora, porque no habría escrito sus obras inmortales». Alison Weber, en un estudio reciente sobre la retórica femenina teresiana, ha señalado cómo la santa de Ávila se cuidaba en no divulgar las fuentes teológicas y literarias que leía. Como estrategia defensiva a una sociedad ordenada y jerarquizada por el principio de masculinidad, Teresa avalaba la visión estereotipada de la mujer débil sólo para justificar su papel como instrumento pasivo de Dios. Según Teresa, el que una «mujercilla» ruin y flaca como ella recibiese «regalos» espirituales en forma de visiones sobrenaturales no debía sorprenderle a nadie. Se trataba de un consuelo divino con el que el Señor compensaba y guiaba a mujeres ignorantes y de «poca fortaleza» porque los santos varones —«los siervos de Dios, hombres de tomo, de letras, de entendimiento»— no requieran ser fatigados con estas gracias y trabajos interiores.

Es probable que, para evitar mayores roces con sus confesores —muchos de ellos expertos en asuntos de teología mística—, Rosa también encubriera sus experiencias y lecturas prefiriendo pasar por iletrada. En 1618, durante el *Proceso Ordinario de beatificación*, su confesor, el inquisidor dominico fray Juan de Lorenzana, admitió que Rosa «para disimular lo que podía redundar en estimación de su persona», solía ocultar sus visiones sobrenaturales tratándolas ante él como si fueran meros sueños naturales. En la misma carta donde Rosa grafica para un confesor los corazones transverberados de sus desposorios místicos, la santa se preocupa por asegurarle de su puño y letra que las «mercedes» divinas que le había

* Versión leída en la reunión del grupo de investigación «Movimientos mesianistas, utópicos y milenaristas en América Latina», celebrada en Lima, el 8-9 de mayo de 2001. Este grupo estaba patrocinado por el Gobierno Vasco (Consejería de Política Científica) y se hallaba a cargo de la profesora Dra. Ana de Zaballa, de la Universidad del País Vasco (campus de Vitoria-Gasteiz).